

Los Amantes de Teruel

Por

Juan Eugenio Hartzenbusch

PERSONAJES

JUAN DIEGO MARTÍNEZ GARCÉS DE MARCILLA O MARSILLA.

ISABEL DE SEGURA.

DOÑA MARGARITA.

ZULIMA.

DON RODRIGO DE AZAGRA.

DON PEDRO DE SEGURA.

DON MARTÍN GARCÉS DE MARSILLA.

TERESA.

ADEL.

OSMÍN.

Soldados moros.

Cautivos.

Damas.

Caballeros.

Pajes.

Criados.

Criadas.

El primer acto pasa en Valencia, y los demás en Teruel.

Año 1217.

ACTO I

Dormitorio morisco en el Alcázar de Valencia. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; a la izquierda una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas a los lados.

ESCENA I

ZULIMA, ADEL; JUAN DIEGO MARSILLA, adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre.

ZULIMA

No vuelve en sí.

ADEL

Todavía

tardará mucho en volver.

ZULIMA

Fuerte el narcótico ha sido.

ADEL

Poco ha se lo administré.

Dígnate de oír, señora,

la voz de un súbdito fiel,

que orillas de un precipicio

te ve colocar el pie.

ZULIMA

Si disuadirme pretendes,

no te fatigues, Adel.

Partir de Valencia quiero,

y hoy, hoy mismo partiré.

ADEL

¿Con ese cautivo?

ZULIMA

Tú

me has de acompañar con él.

ADEL

¿Así al esposo abandonas?

¡Un amir, señora, un rey!

ZULIMA

Ese rey, al ser mi esposo,

me prometió no tener

otra consorte que yo.

¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.

A traerme una rival
marchó de Valencia ayer.

Libre a la nueva sultana
mi puesto le dejaré.

ADEL

Considera...

ZULIMA

Está resuelto.

El renegado Zaén,
el que aterra la comarca
de Albarracín y Teruel,
llamado por mí ha venido,
y tiene ya en su poder
casi todo lo que yo
de mis padres heredé,
que es demás para vivir
con opulencia los tres.

De la alcazaba saldremos
a poco de anochecer.

ADEL

Y ese cautivo, señora,
¿te ama? ¿Sabes tú quién es?

ZULIMA

Es noble, es valiente, en una
mazmorra iba a perecer
de enfermedad y de pena,
de frío, de hambre y de sed:
yo le doy la libertad,

riquezas, mi mano; ¿quién
rehúsa estos dones? ¡Oh!
si ofendiera mi altivez
con una repulsa, caro
le costara su desdén
conmigo. Tiempo hace ya
que este acero emponzoñé,
furiosa contra mi aleve
consorte Zeit Abenzeit:
quien es capaz de vengarse
en el príncipe, también
escarmentara al esclavo
como fuera menester.

ADEL

¿Qué habrá escrito en ese lienzo
con su sangre? Yo no sé
leer en su idioma; pero
puedo llamar a cualquier
cautivo...

ZULIMA

Él nos lo dirá,
yo se lo preguntaré.

ADEL

¿No fuera mejor hablarle
yo primero, tú después?

ZULIMA

Le voy a ocultar mi nombre:
ser Zoraida fingiré,
hija de Merván.

ADEL

¡Merván!

¿Sabes que ese hombre sin ley
conspira contra el amir?

ZULIMA

A él le toca defender
su trono, en vez de ocuparse,
contra la jurada fe,
en devaneos que un día
lugar a su ruina den.

Mas Ramiro no recobra
los sentidos: buscaré
un espíritu a propósito...

(Vase.)

ESCENA II

OSMÍN, por una puerta lateral; ADEL, MARSILLA.

OSMÍN

¿Se fue Zulima?

ADEL

Se fue.

Tú nos habrás acechado.

OSMÍN

He cumplido mi deber.

Al ausentarse el amir
con este encargo quedé.

Es más cauto nuestro dueño
que esa liviana mujer.

El lienzo escrito con sangre

¿dónde está?

ADEL

Allí.

(Señalando la cama.) OSMÍN

Venga.

ADEL

Ten.

(Le da el lienzo y OSMÍN lee.) Mira sí es que dice, ya

que tú lo sabes leer,

dónde lo pudo escribir;

porque en el encierro aquel

apenas penetra nunca

rayo de luz: verdad es

que rotas esta mañana

puerta y cadenas hallé:

debió, después de romperlas,

el subterráneo correr,

y hallando el lienzo...

OSMÍN

(Asombrado de lo que ha leído.) ¡Es posible!

ADEL

¿Qué cosa?

OSMÍN

¡Oh vasallo infiel!

Avisar al rey es fuerza,

y al pérfido sorprender.

ADEL

¿Es este el pérfido?

(Señalando a MARSILLA.) OSMÍN

No

ese noble aragonés
hoy el salvador será
de Valencia y de su rey.

ADEL

Zulima viene.

OSMÍN

Silencio

con ella, y al punto ve
a buscarme.

(Vase.) ADEL

Norabuena.

Así me harás la merced
de explicarme lo que pasa.

ESCENA III

ZULIMA, ADEL, MARSILLA.

ZULIMA

Déjame sola.

ADEL

Está bien.

(Vase.)

ESCENA IV

ZULIMA, MARSILLA.

ZULIMA

Su pecho empieza a latir
más fuerte; así que perciba...

(Aplicale un pomito a la nariz.) MARSILLA

¡Ah!

ZULIMA

Volvió.

MARSILLA

(Incorporándose.) ¡Qué luz tan viva!

No la puedo resistir.

ZULIMA

(Corriendo las cortinas de la ventana.) De aquella horrible mansión
está a las tinieblas hecho.

MARSILLA

No es esto piedra, es un lecho.

¿Qué ha sido de mi prisión?

ZULIMA

Mira este albergue despacio,
y abre el corazón al gozo.

MARSILLA

¡Señora!...

(Reparando en ella.) ZULIMA

Tu calabozo

se ha convertido en palacio.

MARSILLA

Di (porque yo no me explico
milagro tal), di, ¿qué es esto?

ZULIMA

Que eras esclavo, y que presto
vas a verte libre y rico.

MARSILLA

¡Libre! ¡Oh divina clemencia!

Y ¿a quién debo tal favor?

ZULIMA

¿Quién puede hacerle mejor
que la reina de Valencia?
Zulima te proporciona
la sorpresa que te embarga
dulcemente; ella me encarga
que cuide de tu persona,
y desde hoy ningún afán
permitiré que te aflija.

MARSILLA

¿Eres?...

ZULIMA

Dama suya, hija
del valeroso Merván.

MARSILLA

¿De Merván?

(Aparte.) ¡Ah!, ¡qué recuerdo!

(Busca y recoge el lienzo.) ZULIMA

¿Qué buscas tan azorado?

¿Ese lienzo ensangrentado?

MARSILLA

(Aparte.) Si ésta lo sabe, me pierdo.

ZULIMA

¿Qué has escrito en él?

MARSILLA

No va

esto dirigido a ti;

es para el rey.

ZULIMA

No está aquí.

MARSILLA

Para la reina será.

Haz, pues, que a mi bienhechora
vea: por Dios te lo ruego.

ZULIMA

Conocerás aquí luego
a la reina tu señora.

MARSILLA

¡Oh!...

ZULIMA

No estés con inquietud.

Olvida todo pesar:

trata sólo de cobrar
el sosiego y la salud.

MARSILLA

Defienda pródigo el cielo
y premie con altos dones
los piadosos corazones
que dan al triste consuelo.

Tendrá Zulima, tendrás
tú siempre un cautivo en mí:

hermoso es el bien por sí,
pero en una hermosa, más.

Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
mi suerte? Sumido en honda
cárcel, estrecha y hedionda,
sin luz, sin aire siquiera;
envuelto en infecta nube
que húmedo engendra el terreno;
paja corrompida, cieno

y piedras por cama tuve.
-Hoy... si no es esto soñar,
torno a la luz, a la vida,
y espero ver la florida
margen del Guadalaviar,
allí donde alza Teruel,
señoreando la altura,
sus torres de piedra oscura
que están mirándose en él.
No es lo más que me redima
la noble princesa mora:
el bien que me hace, lo ignora
aun la propia Zulima.

ZULIMA

Ella siempre algún misterio
supuso en ti, y así espera
que me des noticia entera
de tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
las dos ocultas entramos
te oímos... y sospechamos
que no es tu nombre Ramiro.

MARSILLA

Mi nombre es Diego Marsilla,
y cuna Teruel me dio,
pueblo que ayer se fundó
y es hoy poderosa villa,
cuyos muros, entre horrores
de lid atroz levantados,
fueron con sangre amasados

de sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme ser,
quiso formar el Señor
modelos de puro amor,
un hombre y una mujer;
y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida
les dio un alma en dos partida,
y dijo: Vivid y amad.
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
y ambos los ojos abrimos
en un día y una hora.
Desde los años más tiernos
fuimos ya finos amantes;
desde que nos vimos... antes
nos amábamos de vernos;
porque el amor principió
a enardecer nuestras almas
al contacto de las palmas
de Dios cuando nos crió;
y así fue nuestro querer,
prodigioso en niña y niño,
encarnación del cariño
anticipado al nacer,
seguir Isabel y yo,
al triste mundo arribando,
seguir con el cuerpo amando
como el espíritu amó.

ZULIMA

Inclinación tan igual
sólo dichas pronostica.

MARSILLA

Soy pobre, Isabel es rica.

ZULIMA

(Aparte.)Respiro.

MARSILLA

Tuve un rival.

ZULIMA

¿Sí?

MARSILLA

Y opulento.

ZULIMA

Y bien...

MARSILLA

Hizo

alarde de su riqueza...

ZULIMA

¿Y qué?, ¿rindió la firmeza
de Isabel?

MARSILLA

Es poco hechizo
el oro para quien ama.

Su padre, sí, deslumbrado...

ZULIMA

¿Tu amor dejó desairado,
privándote de tu dama?

MARSILLA

Le vi, mi pasión habló
su fuerza exhalando toda,

y, suspendida la boda,
un plazo se me otorgó,
para que mi esfuerzo activo
juntara un caudal honrado.

ZULIMA

¿Es ya el término pasado?

MARSILLA

Señora, ya ves... aún vivo.

Seis años y una semana
me dieron: los años ya
se cumplen hoy; cumplirá
el primer día mañana.

ZULIMA

Sigue.

MARSILLA

Un adiós a la hermosa
di, que es de mis ojos luz,
y combatí por la cruz
en las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
crédito allí de guerrero;
luego en Francia prisionero
caí del conde Monforte.
Huí, y en Siria un francés
albigense, refugiado,
a quien había salvado
la vida junto a Besiés,
me dejó, al morir, su herencia:
volviendo con fama y oro
a España, pirata moro

me apresó y trajo a Valencia.

Y en pena de que rompió
de mis cadenas el hierro
mi mano, profundo encierro
en vida me sepultó,
donde mi extraño custodio
sin dejarse ver ni oír,
me prolongaba el vivir,
o por piedad o por odio.

De aquel horrendo lugar
me sacais: bella mujer,
sentir sé y agradecer:
di como podré pagar.

ZULIMA

No borres de tu memoria
tan debido ofrecimiento,
y haz por escuchar atento
cierta peregrina historia.
Un joven aragonés
vino cautivo al serrallo:
sus prendas y nombre callo;
tú conocerás quién es.
Toda mujer se lastima
de ver padecer sonrojos
a un noble: puso los ojos
en el esclavo Zulima,
y férvido amor en breve
nació de la compasión:
aquí es brasa el corazón;
allá entre vosotros, nieve.

Quiso aquel joven huir;
fue desgraciado en su empeño:
le prenden, y por su dueño
es condenado a morir.

Pero en favor del cristiano
velaba Zulima: ciega,
loca, le salva; más, llega
a brindarle con su mano.

Respuesta es bien se le dé
en trance tan decisivo:
habla tú por el cautivo;
yo por la reina hablaré.

MARSILLA

Ni en desgracia ni en ventura
cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazón es sólo
para Isabel de Segura.

ZULIMA

Medita, y concederás
al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama?
¿Sabes tú si la verás?

MARSILLA

Me matara mi dolor
si fuera Isabel perjura;
mi constancia me asegura
la firmeza de su amor.

Con espíritu gallardo,
si queréis, daré mi vida;
dada el alma y recibida,

fiel al dueño se la guardo.

ZULIMA

Mira que es poco prudente

burlar a tu soberana,

que tiene sangre africana,

y ama y odia fácilmente.

Y si ella sabe que cuando

yo su corazón te ofrezco,

por ella el dolor padezco

de ver que le estás pisando;

volverás a tus cadenas

y, a tu negro calabozo,

y allí yo, con alborozo

que más encone tus penas,

la nueva te llevaré

de ser Isabel esposa.

MARSILLA

Y en prisión tan horrorosa

¿cuántos días viviré?

ZULIMA

¡Rayo del cielo!, el traidor

cuanto fabrico derrumba:

defendido con la tumba,

se ríe de mi furor.

Trocarás la risa en llanto.

Cautiva desde Teruel

me han de traer a Isabel...

MARSILLA

¿Quién eres tú para tanto?

ZULIMA

Tiembla de mí.

MARSILLA

Furia vana.

ZULIMA

¡Insensato! La que ves
no es hija de Merván, es
Zulima.

MARSILLA

¡Tú la sultana!

ZULIMA

La reina.

MARSILLA

Toma, con eso

(Dándole el lienzo ensangrentado.) correspondo a tu afición:
entrega sin dilación
a hombre de valor y seso
el escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.

ZULIMA

¡Cómo! ¿Qué riesgo?...

MARSILLA

A Valencia

tu esposo ha de llegar hoy;
y en llegando, tú y él y otros
al sedicioso puñal
perecéis.

ZULIMA

¿Qué desleal
conspira contra nosotros?

MARSILLA

Merván, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
mi labio el secreto calla,
y el fin os llega funesto.

ZULIMA

¿Cómo tal conjuración
a ti?...

MARSILLA

Frenético ayer,
la puerta pude romper
de mi encierro: la prisión
recorro, oigo hablar, atiendo...
junta de alevos impía
era, Merván presidía.
allí supe que volviendo
a este alcázar el amir,
trataban de asesinarle.
Resuélvome a no dejarle
pérfidamente morir,
y con roja tinta humana
y un pincel de mi cabello
la trama en un lienzo sello,
y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente día
pensaba el útil aviso
en la cesta que el preciso
sustento me conducía.
Vencióme tenaz modorra,
más fuerte que mi cuidado:
desperté maravillado,

fuera ya de la mazmorra.
Junta pues tu guardia, pon
aquí un acero, y que venga
con todo el poder que tenga
contra ti la rebelión.

ZULIMA

Dé a la rebelión castigo
quien tema por su poder;
no yo, que al anochecer
huir pensaba contigo.
Poca gente, pero brava,
que al marchar nos protegiera,
sumisa mi voz espera
escondida en la alcazaba.
Con ellos entre el rebato
del tumulto partiré;
con ellos negociaré
que me venguen de un ingrato.
Teme la cuchilla airada
de Zaen el bandolero;
tiembla más que de su acero,
de esta daga envenenada,
¡ay del que mi amor trocó
en frenesí rencoroso!
¡Nunca espere ser dichoso
quien de celos me mató!

MARSILLA

¡Zulima!... ¡Señora!...

(Vase ZULIMA por la puerta del fondo y cierra por dentro.)

ESCENA V
OSMÍN, MARSILLA.

OSMÍN

Baste

de plástica sin provecho.

Al rey un favor has hecho:

acaba lo que empezaste.

MARSILLA

¡Cómo!, ¿tú?...

OSMÍN

El lienzo he leído

que al rey dirigiste: allí

le ofreces tu brazo.

MARSILLA

Sí,

armas y riesgo le pido.

OSMÍN

Pues bien, dos tropas formadas

con los cautivos están:

serás el un capitán,

el otro Jaime Celladas.

MARSILLA

¡Jaime está aquí! Es mi paisano,

es mi amigo.

OSMÍN

Si hay combate,

así tendrá su rescate

cada cautivo en la mano.

Con ardimiento lidiad.

MARSILLA

¿Quién, de libertad sediento,
no lidia con ardimiento
al grito de libertad?

OSMÍN

Cuanto a Zulima...

MARSILLA

También
libre ha de ser.

OSMÍN

No debiera;
pero llévesela fuera
de nuestro reino Zaen.

ESCENA VI

ADEL, soldados moros; MARSILLA, OSMÍN.

ADEL

Osmín, a palacio van
turbas llegando en tumulto,
y Zaen, que estaba oculto,
sale aclamando a Merván.

Zulima nos ha vendido.

OSMÍN

Ya no hay perdón que le alcance.

MARSILLA

Después de correr el lance,
se dispondrá del vencido.

Cuando rueda la corona
entre la sangre y el fuego,
primero se triunfa, luego...

OSMÍN

Se castiga.

MARSILLA

Se perdona.

VOCES

¡Muera el tirano!

(Dentro.)MARSILLA

¡Mi espada!

¡Mi puesto!

OSMÍN

Ven, ven a él.

Guarda el torreón, Adel.

ADEL

Ten tu acero.

(Dásele a MARSILLA.) MARSILLA

¡Arma anhelada!

¡Mi diestra te empuña ya!

Ella al triunfo te encamina.

Rayo fue de Palestina,

rayo en Valencia será.

ACTO II

Teruel. -Sala en casa de DON PEDRO SEGURA.

ESCENA I

DON PEDRO, entrando en su casa; MARGARITA, ISABEL y TERESA,

saliendo a recibirle.

MARGARITA

¡Esposo!

(Arrodillándose.) ISABEL

¡Padre!

(Arrodillándose.) TERESA

¡Señor!

DON PEDRO

¡Hija! ¡Margarita! Alzad.

ISABEL

Dadme a besar vuestra mano.

MARGARITA

Déjame el suelo besar

que pisas.

TERESA

(A MARGARITA.) Vaya, señora,

ya es vicio tanta humildad.

DON PEDRO

Pedazos del corazón,

no es ese vuestro lugar.

Abrazadme.

(Levanta y abraza a las dos.) TERESA

Así me gusta.

Y a mí luego.

DON PEDRO

Ven acá,

fiel Teresa.

TERESA

Fiel y franca,

tengo en ello vanidad.

DON PEDRO

Ya he vuelto por fin.

MARGARITA

Dios quiso

mis plegarias escuchar.

DON PEDRO

Gustoso a Monzón partí,

comisionado especial

para ofrecer a don Jaime

las tropas que alistaré

nuestra villa de Teruel

en defensa de la paz,

que don Sancho y don Fernando

nos quieren arrebatar:

fue don Rodrigo de Azagra,

obsequioso y liberal,

acompañándome al ir,

y me acompaña al tornar;

mas yo me acordaba siempre

de vosotras con afán.

Triste se quedó Isabel;

más triste la encuentro.

TERESA

Ya.

MARGARITA

¡Teresa!

ISABEL

¡Padre!

DON PEDRO

Hija mía,
dime con sinceridad
lo que ha pasado en mi ausencia.

TERESA

Poco tiene que contar.

MARGARITA

¡Teresa!

TERESA

Digo bien. ¿Es
por ventura novedad
que Isabel suspire, y vos
(A MARGARITA.) recéis, y ayunéis a pan
y agua, y os andéis curando
enfermos por caridad?
Es la vida que traéis,
lo menos, quince años ha...

MARGARITA

Basta.

TERESA

Y hace seis cumplidos
que no se ha visto asomar
en los labios de Isabel
ni una sonrisa fugaz.

ISABEL

(Aparte.) ¡Ay mi bien!

TERESA

En fin, señor,
del pobrecillo don Juan
Diego de Marsilla nada
se sabe.

MARGARITA

Si no calláis,
venid conmigo.

TERESA

Ir con vos
fácil es; pero callar...

(Vanse MARGARITA y TERESA. DON PEDRO se quita la espada y la pone sobre un bufete.)

ESCENA II

DON PEDRO, ISABEL.

DON PEDRO

Mucho me aflige, Isabel,
tu pesadumbre tenaz;
pero, por desgracia, yo
no la puedo remediar.

Esclavo de su palabra
es el varón principal;
tengo empeñada la mía,
la debo desempeñar.

En el honor de tu padre
no se vio mancha jamás:
juventud honrada pide
más honrada ancianidad.

ISABEL

No pretendo yo...

DON PEDRO

Por otra
parte, parece que están

de Dios ciertas cosas. Oye
un lance bien singular,
y di si no tiene traza
de caso providencial.

ISABEL

A ver.

DON PEDRO

En Teruel vivió
(no sé si te acordarás)
un tal Roger de Lizana,
caballero catalán.

ISABEL

¿El templario?

DON PEDRO

Sí. Roger
paraba en Monzón. Allá
es voz que penas y culpas
de su libre mocedad
trajéronle una dolencia
de espíritu y corporal,
que vino a dejarle casi
mudo, imbécil, incapaz.
Pacífico en su idiotez,
permitíanle vagar
libre por el pueblo. Un día
sobre una dificultad
en mi encargo y sobre cómo
se debiera de allanar,
don Rodrigo y yo soltamos
palabras de enemistad.

Marchóse enojado, y yo
exclamé al verle marchar:
¿Ha de ser este hombre dueño
de lo que yo quiero más?
Si la muerte puede sola
mi palabra desatar,
lléveme el Señor, y quede
Isabel en libertad

ISABEL

¡Oh padre!

DON PEDRO

En esto, un empuje
tremendo a la puerta dan,
se abre, y con puñal en mano
entra...

ISABEL

¡Virgen del Pilar!

¿Quién?

DON PEDRO

Roger. Llégame a mí,
y en voz pronunciada mal:
Uno (dijo) de los dos
la vida aquí dejará.

ISABEL

¿Y qué hicisteis?

DON PEDRO

Yo, pensando
que bien pudiera quizás
mi muerte impedir alguna
mayor infelicidad,

crucé los brazos, y quieto
esperé el golpe mortal.

ISABEL

¡Cielos! ¿Y Roger?

DON PEDRO

Roger,
parado al ver mi ademán,
en lugar de acometerme
se fue retirando atrás,
mirándome de hito en hito,
llena de terror la faz.

Asió con entrambas manos
el arma por la mitad,
y señas distintas hizo
de querérmela entregar.

Yo no le atendí, guardando
completa inmovilidad
como antes: y él, con los ojos
fijos, y sin menear
los párpados, balbuciente
dijo: Matadme, salvad
en el hueco de mi tumba
mi secreto criminal.

ISABEL

¡Su secreto!

DON PEDRO

En fin, de estarse
tanto sin pestañear,
él, cuyos sentidos eran
la suma debilidad,

se trastornó, cayó, dio
la guarnición del puñal
en tierra, le fue la punta
al corazón a parar
al infeliz y a mis plantas
rindió el aliento vital.
Huí con espanto: Azagra,
viniéndose a disculpar
conmigo, me halló; le dije
que no pisaba el umbral
de aquella casa en mi vida;
y él, pródigo y eficaz,
avisó al rey y mandó
el cadáver sepultar.
Ya ves, hija: por no ir
yo contra tu voluntad,
por no cumplir mi palabra,
quise dejarme matar,
y Dios me guardó la vida:
su decreto celestial
es sin duda que esa boda
se haga por fin... y se hará,
si en tres días no parece
tu preferido galán.

ISABEL

(Aparte.) ¡Ay de él y de mí!

ESCENA III

TERESA, DON PEDRO, ISABEL.

TERESA

Señor,
acaba de preguntar
por vos don Martín, el padre
de don Diego.

ISABEL

(Aparte.)¿Si sabrá?...

TERESA

Como es enemigo vuestro
le he dejado en el zaguán.

DON PEDRO

A enemigo noble se abren
las puertas de par en par.
Que llegue.

(Vase TERESA.)

Ve con tu madre.

ISABEL

(Aparte.)Ella a sus pies me verá
llorando hasta que consiga
vencer su severidad.

(Vase.)

ESCENA IV

DON PEDRO.

Desafiados quedamos
al tiempo de cabalgar
yo para Monzón: el duelo

llevar a cabo querrá.
Bien. Pero él ha padecido
una larga enfermedad.
Si no tiene el brazo firme,
conmigo no lidiará.

ESCENA V

DON MARTÍN, DON PEDRO.

DON MARTÍN

Den Pedro Segura, seáis bienvenido.

DON PEDRO

Y vos, don Martín Garcés de Marsilla,
seáis bien hallado: tomad una silla.

(Siéntase DON MARTÍN, mientras DON PEDRO va a tomar su
espada.)DON MARTÍN

Dejad vuestra espada.

DON PEDRO

(Sentándose.)Con pena he sabido
la grave dolencia que habéis padecido.

DON MARTÍN

Al fin me repuse del todo.

DON PEDRO

No sé...

DON MARTÍN

Domingo Celladas...

DON PEDRO

¡Fuerte hombre es, a fe!

DON MARTÍN

Pues aun a la barra le gano el partido.

DON PEDRO

Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
al duelo aplazado seguro lugar.

DON MARTÍN

Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

DON PEDRO

Hablad en buen hora; ya escucho. Decid.

DON MARTÍN

Causó nuestra riña...

DON PEDRO

La causa omitid:
sabémosla entrambos. Por vos se me dijo
que soy un avaro, y os privo de un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.

DON MARTÍN

¿Tenéisme por hombre de aliento?

DON PEDRO

Sí tal.

Si no lo creyera, con vos no lidiara.

DON MARTÍN

Jamás al peligro le vuelvo la cara.

DON PEDRO

Sí, nuestro combate puede ser igual.

DON MARTÍN

Será por lo mismo...

DON PEDRO

Sangriento, mortal.

Ha de perecer uno de los dos.

DON MARTÍN

Oid un suceso feliz para vos...

feliz para entrambos.

DON PEDRO

Decídmele. ¿Cuál?

DON MARTÍN

Tres meses hará que en lecho de duelo
me puso la mano que todo lo guía.
Del riesgo asustada la familia mía,
quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
Con tino infalible, con pródigo celo
salud en la villa benéfica vierte,
y enfermo en que airada se ceba la muerte,
le salva su mano, bendita del cielo.
Con vos irritado no quise atender
al dulce consejo de amante inquietud.
No cobre (decía) jamás la salud,
si mano enemiga la debe traer.
Mayor mi tesón a más padecer,
la muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacía me ser;
pedía una daga con furia tenaz,
rasgar anhelando con ella mi pecho...
En esto a mis puertas, y luego a mi lecho,
llegó un peregrino, cubierta la faz.
Ángel parecía de salud y paz.
Me habla, me consuela; benigno licor
al labio me pone; me alivia el dolor,
y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
ya restablecido, sus pasos seguí.

Cruzó varias calles, viniendo hacia aquí,
y entró en esa ruina de gótica ermita,
que a vuestros jardines términos limita.

Detúvele entonces: el velo cayó,
radiante la luna su rostro alumbró...

Era vuestra esposa.

DON PEDRO

¡Era Margarita!

DON MARTÍN

Confuso un momento, cobréme después,
y viome postrado la noble señora.

Con tal beneficio, no cabe que ahora
provoque mi mano sangriento revés.

Don Pedro Segura, decid a quien es
deudor este padre de verse con vida,
que está la contienda por mí fenecida.

Tomad este acero, ponedle a sus pies.

(Da su espada a DON PEDRO, que la coloca en el bufete.)DON PEDRO

¡Feliz yo, que logro el duelo escusar
con vos, por motivo que es tan lisonjero!

Si pronto me hallasteis, por ser caballero,
cuidado me daba el ir a lidiar.

Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
con susto la vida que lleva, dichosa?

Ella me será desde hoy más preciosa,
si ya vuestro amigo quereisme llamar.

DON MARTÍN

Amigos seremos.

(Danse las manos.)DON PEDRO

Siempre.

DON MARTÍN

Siempre, sí.

DON PEDRO

Y al cabo, ¿qué nuevas tenéis de don Diego?

En hora menguada, vencido del ruego
de Azagra, la triste palabra le di.

Si antes vuestro hijo se dirige a mí,
¡cuánto ambas familias se ahorran de llanto!

No lo quiso Dios.

DON MARTÍN

Yo su nombre santo
bendigo, mas lloro por lo que perdí.

DON PEDRO

Pero ¿qué?

DON MARTÍN

Después de la de Maurel,
donde cayó en manos del conde Simón,
de nadie consigo señal ni razón,
por más que anhelante pregunto por él,
cada día al cielo con súplica fiel
pido que me diga qué punto en la tierra
sostiénale vivo, o muerto le encierra:
mundo y cielo guardan silencio cruel.

DON PEDRO

El plazo otorgado dura todavía.
Un hora, un instante le basta al Eterno:
y mucho me holgara si fuera mi yerno
quien a mi Isabel tan fino quería.
Pero si no viene, y cúmplase el día,
y llega la hora... por más que me pesa,

me tiene sujeto sagrada promesa:

si fuera posible, no la cumpliría.

DON MARTÍN

Diligencia escasa, fortuna severa

parece que en suerte a mi sangre cupo:

quien a la desgracia sujetar no supo,

sufrido se muestre cuando ella le hiera.

A Dios.

DON PEDRO

No han de veros de aquesa manera.

Yo quiero esta espada; la mía tomad

(Dásela.)en prenda segura de fiel amistad.

DON MARTÍN

Acepto: un monarca llevarla pudiera.

(Vase DON MARTÍN, y DON PEDRO le acompaña.)

ESCENA VI

MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA

(Aparte, siguiendo con la vista a los dos, que se retiran.) Aunque nada les oí,

deben estar ya los dos

reconciliados.

ISABEL

(Que viene tras su madre.) Por Dios,

madre, haced caso de mí:

MARGARITA

No, que es repugnancia loca

la que mostráis a un enlace,

que de seguro nos hace
a todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
que quien su amor os consagra
es don Rodrigo de Azagra,
que goza más calidad,
más bienes: en Aragón
le acatan propios y ajenos,
y muestra, con vos al menos,
apacible condición.

ISABEL

Vengativo y orgulloso
es lo que me ha parecido.

MARGARITA

Vuestro padre le ha creído
digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
no es lícito a una doncella,
ni hay más voluntad en ella
que la que tenga su padre.

Hoy día, Isabel, así
se conciertan nuestras bodas:
así nos casan a todas,
y así me han casado a mí.

ISABEL

¿No hay a los tormentos míos
otro consuelo que dar?

MARGARITA

No me tenéis que mentar
vuestros locos amoríos.

Yo por delirios no abogo.

Idos.

ISABEL

En vano esperé.

(Sollozando al retirarse.)MARGARITA

¡Qué!, ¿lloráis?

ISABEL

Aún no me fue
vedado ese desahogo.

MARGARITA

Isabel, si no os escucho,
no me acuséis de rigor.
Comprendo vuestro dolor
y le compadezco mucho;
pero, hija... cuatro años ha
que a nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...

ISABEL

¡No, madre, vive...
Pero ¡cómo vivirá!
Tal vez, llorando, en Sión
arrastra por mí cadenas,
quizá gime en las arenas
de la líbica región.
Con aviso tan funesto
no habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
a olvidarle, sospechando

que infiel estaba gozando
caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
los acentos desabridos,
y logré de mis oídos
que no me sonaran mal.
Pero ¡ay!, cuando la razón
iba a proclamarse ufana
vencedora soberana
de la rebelde pasión,
al recordar la memoria
un suspiro de mi ausente,
se arruinaba de repente
la fortaleza ilusoria,
y con ímpetu mayor,
tras el combate perdido,
se entraba por mi sentido
a sangre y fuego el amor.
Yo entonces a la virtud
nombre daba de falsía,
rabioso llanto vertía,
y hundirme en el ataúd
juraba en mi frenesí
antes que rendirme al yugo
de ese hombre, fatal verdugo,
genio infernal para mí.

MARGARITA

Por Dios, por Dios, Isabel,
moderad ese delirio;
vos no sabéis el martirio

que me hacéis pasar con él.

ISABEL

¡Qué! ¿Mi audacia os maravilla?

Pero estando ya tan lleno
el corazón de veneno,
fuerza es que rompa su orilla.

No a vos, a la piedra inerte
de esa muralla desnuda,
a esa bóveda que muda
oyó mi queja de muerte,
a ese suelo donde mella
pudo hacer el llanto mío,
a no ser tan duro y frío
como alguno que le huella,
para testigos invoco
de mi doloroso afán
que, si alivio no le dan,
no les ofende tampoco.

MARGARITA

(Aparte.)¿Quién con ánimo sereno
la oyera? -El dolor mitiga;
de una madre, de una amiga
ven al cariñoso seno.

Conóceme, y no te ahuyente
la faz severa que ves;
máscara forzosa es
que dio el pesar a mi frente;
pero tras ella te espera,
para templar tu dolor,
el tierno, indulgente amor

de una madre verdadera.

ISABEL

¡Madre mía!

(Abrázanse.) MARGARITA

Mi ternura

te oculté... porque debí...

¡Ha quince años que hay aquí

guardada tanta amargura!

Yo hubiera en tu amor filial

gozado, y gozar no debo

nada ya, desde que llevo

el cilicio y el sayal.

ISABEL

¡Madre!

MARGARITA

Temí, recelé

dar a tu amor incentivo,

y sólo por correctivo

severidad te mostré;

mas oyéndote gemir

cada noche desde el lecho,

y a veces en tu despecho

mis rigores maldecir,

yo al Señor, de silencioso

materno llanto hecha un mar,

ofrecí mil veces dar

mi vida por tu reposo.

ISABEL

¡Cielos! ¡Qué revelación

tan grata! ¡Qué injusta he sido!

¿Qué tanto me habéis querido?

¡Madre de mi corazón!

Perdonadme... ¡Qué alborozo
siento, aunque llorar me veis.

Seis años ha, más de seis,
que tanta dicha no gozo.

Mi desgracia contemplad,
cuando como dicha cuento
que mis penas un momento
aplaquen su intensidad.

Pero este rayo que inunda
en viva luz mi alma yerta,
¿dejaréis que se convierta
en lobreguez más profunda?

Madre, madre a quien adoro
el labio os pongo en el pie:
mi aliento aquí exhalaré
si no cedéis a mi lloro.

(Póstrase.) MARGARITA

Levanta, Isabel; enjuga
tus ojos; confía... Sí:
cuanto dependa de mí...

ISABEL

Ya veis que en rápida fuga
el tiempo desaparece.

Si pasan tres días, ¡tres!,
todo me sobra después,
toda esperanza fallece.

Mi padre, por no faltar
a la palabra tremenda,

le rendirá por ofrenda
mi albedrío en el altar.
Vuestras razones imprimen
en su alma la persuasión:
en mí toda reflexión
fuera desacato, crimen.
Y yo, señora, lo veo:
podrá llevarme a casar;
pero en vez de preparar
las galas del himeneo,
que a tenerme se limite
una cruz y una mortaja;
que esta gala y esta alhaja
será lo que necesite.

MARGARITA

No, no, Isabel; cesa, cesa;
yo en tu defensa me empeño:
no será Azagra tu dueño,
yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
horrores evitará.
Hoy madre tuya será
quien no lo fue tantos años.

ESCENA VII

TERESA, MARGARITA, ISABEL.

TERESA.-Señoras, don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.

MARGARITA.-Hazle entrar. A buen tiempo llega.(Vase

TERESA.)ISABEL.-Permitid que yo me retire.

MARGARITA.-Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversación.

ISABEL.-¿Qué vais a decir?

MARGARITA.-Óyelo, y acabarás de hacer justicia a tu madre. (Vase ISABEL.)

ESCENA VIII

DON RODRIGO, MARGARITA.

MARGARITA.-Ilustre don Rodrigo...

DON RODRIGO.-Señora... al fin nos vemos.

MARGARITA.-Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir a mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

DON RODRIGO.-Aquí vengo a buscar el sosiego que necesito.(Siéntase.) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

MARGARITA.-¿Me permitiréis que hable con franqueza?

DON RODRIGO.-Con franqueza pregunto yo. Hablad.

MARGARITA.-Mi esposo os prometió la mano de su hija única; y, por él, debéis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevación de vuestro carácter, ¿se satisfarían con la posesión de una mujer cuyo cariño no fuese vuestro?

DON RODRIGO.-El corazón de Isabel no es ahora mío, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

MARGARITA.-Mirad que su afecto a Marsilla no se ha disminuido.

DON RODRIGO.-No me inspira celos un rival cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.

MARGARITA.-¿Y si volviese aún? ¿Y si antes de cumplirse el término se presentara tan enamorado como se fue, y con aumentos muy considerables de hacienda?

DON RODRIGO.-Mal haría en aparecer ni antes ni después de mis bodas. Él prometió renunciar a Isabel, si no se enriquecía en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto a Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se

paga con sangre.

MARGARITA.-Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdonéis la pesadumbre que voy a daros. Yo, noble don Rodrigo, yo que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba a resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro señor y nuestra señora, que desistáis de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

DON RODRIGO.-Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongáis a lo que no podréis impedir.

MARGARITA.-Aunque habéis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

DON RODRIGO.-Mucho alcanzáis con él: adora en vos, y lo merecéis, porque ha quince años que os empleáis en la caridad y la penitencia... Pero... ¿Os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

MARGARITA.-¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

DON RODRIGO.-Sí, loco y mudo, según estaba; desgraciadamente según merecía; y a los pies de don Pedro, como era justo.

MARGARITA.-¡Cielos! Nada sabía de ese infeliz.

DON RODRIGO.-Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

MARGARITA.-¡Don Rodrigo!

DON RODRIGO.-La esposa más respetable entre las de Teruel.

MARGARITA.-Por compasión... Si Roger ha muerto...

DON RODRIGO.-Casi expiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, y yo hallé sobre su corazón unas cartas...

MARGARITA.-¡Cartas!

DON RODRIGO.-De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

MARGARITA.-¡Callad! ¡Callad!

DON RODRIGO.-Si no, acudiré a vuestro esposo: bien conoce la letra.

MARGARITA.-¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

DON RODRIGO.-Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar a mí su

mano primero.

MARGARITA.-¡Oh!

DON RODRIGO.-Dios os guarde, señora.

MARGARITA.-Deteneos, oídme.

DON RODRIGO.-Para que os oiga, venid a verlas.(Vase.)MARGARITA.-Escuchad, escuchadme.(Vase tras DON RODRIGO.)

ESCENA IX

ISABEL, después TERESA.

ISABEL.-¡Qué es lo que oí! No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: sólo entiendo que de infeliz he pasado a más.(Sale TERESA.)TERESA.-Señora, un joven extranjero ha llegado a casa pidiendo que se le dejara pasar a descansar un rato...

ISABEL.-Recíbele y déjame.

TERESA.-Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras, por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro o judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversación con él, y dice que viene de Palestina.

ISABEL.-¿De Palestina?

TERESA.-Yo me acordé al punto del pobre don Diego. Como os figuráis que debe estar por allá...

ISABEL.-Sí. Llámale pronto.(Vase TERESA.)¡Virgen piadosa! ¡Que haya sido sueño lo que pienso que oí! ¡Oh! Pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA X

ZULIMA, en traje de noble aragonés; TERESA, ISABEL.

ZULIMA

El cielo os guarde.

ISABEL

Y a vos

también.

ZULIMA

(Aparte.) Mi rival es ésta.

ISABEL

Mejor podéis descansar
en esta sala que fuera.

TERESA

Este mancebo, señora,
viene de lejanas tierras,
de Jerusalén, de Jope,
de Belén y de Judea.

ISABEL

¿Cierto?

ZULIMA

Sí.

TERESA

Y ha conocido
allá gente aragonesa.

ZULIMA

Un caballero traté
de Teruel.

ISABEL

¿Cuál? ¿Quién? ¿Quién era?

Su nombre.

ZULIMA

Diego Marsilla.

ISABEL

¡Os trajo Dios a mi puerta!

¿Dónde le dejáis?

TERESA

Entonces

¿era ya rico?

ZULIMA

Una herencia

cuantiosa le dejaron

allí.

ISABEL

Pero, ¿dónde queda?

ZULIMA

Hace poco era cautivo

del rey moro de Valencia.

ISABEL

¡Cautivo ¡Infeliz!

ZULIMA

No tanto.

La esposa del rey, la bella

Zulima, le amó.

ISABEL

¿Le amó?

ZULIMA

¡Sí! ¡Mucho!

TERESA

¡Qué desvergüenza!

ISABEL

¡Y qué! ¿No viene por eso

Marsilla donde le esperan?

TERESA

¿Se ha vuelto moro quizá?

ZULIMA

(Aparte.) Ya que padecí, padezca.

Finjamos.

ISABEL

Hablad.

ZULIMA

No es fácil
resistir a una princesa
hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
era un miserable.

TERESA

Pero
vamos, acabad...

ISABEL

(Aparte.) ¡Apenas
vivo!

ZULIMA

El rey llegó a saber
lo que pasaba; la reina
pudo escapar, protegida
por un bandido, cabeza
de la cuadrilla temible
que hoy anda por aquí cerca;
y Marsilla...

ISABEL

¿Qué?

ZULIMA

Rogad
a Dios que le favorezca.

ISABEL

¡Ha muerto! ¡Jesús, valedme!

(Desmáyase.) TERESA

¡Isabel! ¡Isabel! ¡Buena
la habéis hecho!

ZULIMA

(Aparte.)Sabe amar
esta cristiana de veras;
yo sé más, yo sé vengarme.

TERESA

¡Señora! ¡Paula! ¡Jimena!

(A ZULIMA.)Buscad agua, llamad gente.

ZULIMA

(Aparte.)Salgamos. Con esta nueva,
se casará.

(Vase.)TERESA

¡Dios confunda
la boca ruin que nos cuenta
noticia tan triste!... Pero
un prójimo que no prueba
cerdo ni vino, ¿qué puede
dar de sí?

(Salen dos criadas que traen agua.)

Pronto aquí, lerdas.

¿Dónde estabais? A ver: dadme
el agua.

ISABEL

¡Ay Dios! ¡Ay Teresa!

ESCENA XI

MARGARITA, ISABEL, TERESA, criadas.

MARGARITA

¿Qué sucede?

ISABEL

¡Ay madre mía!

Ya no es posible que venga.

Murió.

MARGARITA

¿Quién? ¿Marsilla?

TERESA

¿Quién

ha de ser?

ISABEL

Y ha muerto en pena

de serme infiel.

TERESA

Una mora,

que dicen que no era fea,

la esposa del reyezuelo

valenciano, buena pieza

sin duda, nos le quitó.

ISABEL

¡En esto paran aquellas

ilusiones de ventura

que alimentaba risueña!

Conmigo nacieron, ¡ay!

se van, y el alma se llevan.

Ese infausto mensajero,

¿dónde está? Dile que vuelva.

MARGARITA

Sí: yo le preguntaré...

TERESA

Pues como nos dé respuestas

por el estilo... Seguidme.

(Vanse TERESA y las criadas.)

ESCENA XII

MARGARITA, ISABEL.

ISABEL

¿Quién figurarse pudiera

que me olvidara Marsilla?

¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!

Pero, ¿cómo ha sido, cómo

fue que no lo presintiera

mi corazón? No es verdad;

imposible que lo sea.

Se engañó si lo creyó

la Sultana de Valencia.

Sólo por volar a mí,

quebrantando sus cadenas,

dejó soñar a la mora

con esa falaz idea.

Mártir de mi amor ha sido,

que desde el cielo en que reina,

de su martirio me pide

la debida recompensa.

Yo se la daré leal,

yo defenderé mi diestra:

viuda del primer amor
he de bajar a la huesa.
Llorar libremente quiero
lo que de vivir me resta
sin que pueda hacer ninguno
de mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
de Azagra: primero muerta.

MARGARITA

¿Tendrás valor para?...

ISABEL

Sí,
mi desgracia me le presta.

MARGARITA

¿Y si te manda tu padre?...

ISABEL

Diré que no.

MARGARITA

Sí te ruega...

ISABEL

No.

MARGARITA

Si amenaza...

ISABEL

Mil veces
no. Podrán en hora buena,
de los cabellos asida
arrastrarme hasta la iglesia,
podrán maltratar mi cuerpo,
cubrirle de áspera jerga,

emparedarme en un claustro
donde lentamente muera:
todo esto podrán, sí; pero
lograr que diga mi lengua
un sí perjuro, no.

MARGARITA

Bien,
bien. Tu valor... me consuela.
(Aparte.) Nada oyó: mas vale así.

La culpa, no la inocencia
debe padecer. Ten siempre
esa misma fortaleza,
y no te dejes vencer,
suceda lo que suceda.

Matrimonio sin cariño
crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
que dio su mano violenta...
y... después de larga lucha...
desmintió su vida honesta.

Muchos años lleva ya
de dolor y penitencia...
y al fin le toca morir
de oprobio justo cubierta.

ISABEL

¡Ah madre! ¿Qué dije yo?
Me olvidé, con esa nueva,
de otra desdicha tan grande
que a mi desdicha supera.

MARGARITA

¡No te cases, Isabel!

ISABEL

Sí, madre: mi vida es vuestra:

dárosla me manda Dios,

lo manda naturaleza.

MARGARITA

¡Hija!

ISABEL

Por fortuna mía,

Marsilla al morir me deja

el corazón sin amor

y sin lugar donde prenda.

Por más fortuna, Marsilla

de mí se olvidó en la ausencia,

y puso en otra mujer

el amor que me debiera.

Por dicha mayor, Azagra

es de condición soberbia,

celoso, iracundo: así

mis lágrimas y querellas

insufribles le serán;

querrá que yo las contenga,

no podré, se irritará,

y me matará.

MARGARITA

¡Me aterra,

hija, me matas a mí!

ISABEL

Tengo yo cartas que lea:

puede encontrármelas.

MARGARITA

¡Oh!

¡Si como las tuyas fueran
otras!...

ISABEL

Y tengo un retrato
en esta joya.

(Saca un relicario.)¿Son ésas
sus facciones? Pues sabed
que, sin estudio ni regla,
de amor guiada la mano,
al primer ensayo diestra,
yo supe dar a ese rostro
semejanza tan perfecta.

Me sirvió para suplir
de Marsilla la presencia;
no le necesito ya:
mas vale que no le vea.

¡Ah!, dejadme que le bese
una vez... la última es ésta.

Tomad. ¿Veis? el sacrificio
consumo, y estoy serena,
tranquila... como la tumba.

Imitad vos mi entereza,
mi calma... y no me digáis
una palabra siquiera.

De mí vuestra fama pende:
la conservaréis ilesa.

Yo me casaré: no importa,
no importa lo que me cuesta.

(Vase.)

ESCENA XIII

MARGARITA.

¿Y debo yo consentir
que la inocente Isabel,
por mi egoísmo cruel,
se ofrezca más que a morir?

Pero, ¿cómo he de sufrir
que, perdida mi opinión,
me llame todo Aragón
hipócrita y vil mujer?

Mala madre me hace ser
mi buena reputación.

A todo me resignara
con ánimo ya contrito,
si al saberse mi delito,
yo sola me deshonrara.

Pero a mi esposo manchara
con ignominia mayor.

¡Hija infeliz en amor!

¡Hija desdichada mía!

Perdona la tiranía
de las leyes del honor.

ACTO III

Retrete o gabinete de ISABEL. Dos puertas.

ESCENA I

ISABEL, TERESA.

(Aparece ISABEL ricamente vestida, sentada en un sillón junto a una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. TERESA está acabando de adornar a su ama.)

TERESA.-¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os miréis os digo; tomad el espejo.(Se le da a ISABEL, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.)A esotra puerta. Miren, ¡qué trazas éstas de novia! ¡Ved que preciosa gargantilla voy a poneros!(ISABEL inclina la cabeza.)Pero alzá la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar a un difunto.

ISABEL.-¡Marsilla!

TERESA.- (Aparte.)Dios le haya perdonado.(Alto.)Ea, se concluyó. Bien estáis. Ello sí, me habéis hecho perder la paciencia treinta veces.

ISABEL.-¡Madre mía!

TERESA.-Si echáis menos a mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella, la caridad es antes que todo. El juez de este año, Domingo Celladas, tenía un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conocéis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se lo han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba a parar a un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá más de un día, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece, os he puesto hecha una imagen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para ver si os gusta.

ISABEL.-Sí: es el último.

TERESA.-¡El dulcísimo nombre de Jesús! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como vos merecéis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van a venir los convidados a la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL.- (Con sobresalto.)¿Qué hora es ya?

TERESA.-No tardarán en tocar a vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

ISABEL.-Sí, a esa hora, a esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcón estaba yo, llorando sobre mi labor,

como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba a la calle por donde había de pasar, para verle; ahora no miro; no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazán enseñado a pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha o hasta la tumba, me dijo. Tuya o muerta, le dije yo; y caí sin aliento en el balcón mismo, tendidas las manos hacia la mitad de mi alma que se ausentaba. ¡Suya o muerta! Y voy a dar la mano a Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

TERESA.-Hija mía, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que habéis jugado en mis brazos, y en mis rodillas... y qué diera yo porque recobrasedis la paz del alma y fuerais feliz, ¡ay! diera yo todos los días que me faltan que vivir, menos uno para verlo.

ISABEL.-¡Feliz, Teresa! Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz! ¡Pesa tanto, me ahoga tanto!... Quítamele, Teresa.(Levantándose.)TERESA.-Señora, que viene don Rodrigo.

ISABEL.-¡Don Rodrigo!, Busca pronto a mi madre.(Vase TERESA.)

ESCENA II

DON RODRIGO, ISABEL.

DON RODRIGO

Mis ojos por fin os ven
a solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desdén
y un recato riguroso
me han privado de este bien.

Trémula estáis: ocupad
la silla.

ISABEL

¡Ante mi señor!

DON RODRIGO

Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad

en el reino del amor.

ISABEL

¡Mentida soberanía!

DON RODRIGO

De mi rendimiento fiel,
que dudarais no creía.

¡Si a conocer, Isabel,
llegaseis el alma mía!

ISABEL

¿Para qué? Señas ha dado
que indican su índole bella.

DON RODRIGO

Mi destino desastrado
solo mostrar me ha dejado
lo deforme que hay en ella.

Un Azagra conocéis
orgullosos y vengativos;
y otro por fin hallaréis,
que en vuestro rigor esquivo
figuraros no podéis.

El Azagra que os adora,
el Azagra para vos,
aún no le visteis, señora;
y nos conviene a los dos
una explicación ahora.

ISABEL

Mis padres pueden mandar,
yo tengo que obedecer,
nada pretendo saber:
hiciera bien en callar

quien ha logrado vencer.

DON RODRIGO

El vencedor, que aparece
lleno ante vos de amargura,
manifestaros ofrece
que sabe lo que merece
doña Isabel de Segura.

Os vi, y en vos admiré
virtud y belleza rara:
digno de vos me juzgué,
y uniros a mí juré,
costara lo que costara.

Maldición más espantosa
no pudo echarme jamás
una lengua venenosa,
que decir: -No lograrás
hacer a Isabel tu esposa.

-Lidiaré, si es necesario,
por ella con todo el orbe,
clamaba yo de ordinario.

¡Infeliz el que me estorbe,
competidor o contrario!

En mi celoso furor
cabe hasta lo que denigre
mi calidad y mi honor.

Amo con ira de tigre...
porque es muy grande mi amor.

No el vuestro, tan delicado,
me pintéis para mi mengua:
quizá no lo haya espresado

en seis años vuestra lengua,
sin que me lo hayan contado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, leí:
él su retrato no vio,
yo sí: junto a vos aquí
siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupación
observaros noche y día;
y abandonaba a Monzón
siempre que lo permitía
la marcial obligación.
Viéndoos al balcón sentada
por las noches a la luna,
mi fatiga era pagada:
jamás fue mujer ninguna
de amante más respetada.
Para romper mis prisiones,
para defectos hallaros
fueron mis indagaciones;
y siempre para adoraros
encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
de lisonjeros engaños,
un favorable momento
espero hace ya seis años,
y aún llegado no lo cuento.
Pero, por dicha, quizá
no deba estar muy distante.

ISABEL

¡Qué! ¿Pensáis que cesará
mi pasión, muerto mi amante?
No; lo que yo vivirá.

DON RODRIGO

Pues bien, amad, Isabel,
y decidlo sin reparo;
que con ese amor tan fiel,
aunque a mí me cueste caro,
nunca me hallaréis cruel.

Mas si ese afecto amoroso,
cuya espresión no limito,
mantener os es forzoso,
yo, mi bien, yo necesito
el nombre de vuestro esposo.

No más que el nombre, y concluyo
de desear y pedir:

todas mis dichas incluyo
en la dicha de decir:

Me tienen por dueño suyo.

Separada habitación,
distinto lecho tendréis...

¿Queréis más separación?

vos en Teruel viviréis,
yo en la corte de Aragón.

¿Teméis que la soledad
bajo mi techo os consuma?

Vuestros padres os llevad
con vos: mudaréis en suma
de casa y de vecindad.

Nunca sin vuestra licencia

veré esos divinos ojos...
¡Ay!, dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
hablad, y mi diligencia
ya un festín, ya una batida,
ya un torneo dispondrá.
Si lloráis... ¡Prenda querida!
cuando lloréis, ¿qué os dirá
quien no ha llorado en su vida?
Miseros ambos, hacer
con la indulgencia podemos
menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
¿me podréis aborrecer?

ISABEL

¡Don Rodrigo! ¡Don Rodrigo!
(Sollozando.)DON RODRIGO
¡Lloráis! ¿Es porque nuestro
digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
bastante duro el castigo?

ISABEL

¡Oh!, no, no: mi corazón
palpitar de odio no sabe.
DON RODRIGO
Ni al mirar vuestra aflicción,
hay fuerza en mí que no acabe
rindiéndose a discreción.
Es ya el caso de manera,
que el infausto desposorio

viene a ser obligatorio
para ambos: lo demás fuera
dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro,
se ha vuelto a vos tan propicio,
que si Dios en su alto juicio
quiere obrar hoy un milagro...
contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
mi aciago rival Marsilla,
sin compasión le matara,
y sin limpiar la cuchilla
corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado o no,
si antes que me deis el sí,
viene... que triunfe dé mí.

ISABEL

¡Vos sí que triunfáis así
de esta débil mujer!

(El llanto le ahoga la voz por unos instantes; luego, al ver a DON PEDRO y a los que te acompañan, se contiene, exclamando.) ¡Oh!

ESCENA III

DON PEDRO, DON MARTÍN, damas, caballeros, pajes, ISABEL, DON RODRIGO; después, TERESA.

DON PEDRO.-Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra unión, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan a que apresure la ceremonia; pero aún no ha fenecido el plazo que otorgué a don Diego. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado joven, seis años y siete días hace: hasta que suene aquella señal en

mi oído, no tengo libertad para disponer de mi hija.(A DON MARTÍN.)Porque veáis de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

DON MARTÍN.-¡Inútil escrupulosidad! No os detengáis. No romperé mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISABEL.- (Aparte.)¡Infeliz!

DON PEDRO.-Fiel a lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaría viviendo.(Sale TERESA.)DON RODRIGO.-Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos, pasar por casa del juez...

TERESA.-Ahora empezaba el herido a volver en su conocimiento. Si antes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir a los desposorios: esto me ha dicho.

DON PEDRO.-La esperaremos en el templo.(A DON MARTÍN.)Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

DON MARTÍN.-Excusadme el presenciar un acto que debe serme tan doloroso.

DON PEDRO.-Estad seguro de que mientras no oigáis las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

ISABEL.- (Aparte.)¡Morada de mi pasado bien, a Dios para siempre! (Vanse todos, menos DON MARTÍN.)

ESCENA IV

DON MARTÍN.

Con pena, con celos veo yo a Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija; hoy me quitan su cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? ¡Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mías!

ESCENA V

ADEL, DON MARTÍN.

ADEL.-Cristiano, busco a Martín Marsilla, que está aquí, según se me dice. ¿Eres tú?

DON MARTÍN.-Yo soy.

ADEL.-¿Qué sabes de tu hijo?

DON MARTÍN.-¡Moro!... su muerte.

ADEL.-Esa noticia... ¿quién la ha traído?

MARTÍN.-Un joven forastero.

ADEL.-¿En dónde para?

DON MARTÍN.-Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

ADEL.-¿Qué ha pasado con Jaime Celladas?

DON MARTÍN.-Le han herido gravemente al llegar a la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

ADEL.-¿Luego tú nada sabes?

DON MARTÍN.-¿Qué vas a decirme?

ADEL.-Acabo de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del amir de Valencia.

DON MARTÍN.-¿La que fue causa de la pérdida de mi hijo?

ADEL.-Él la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo.

DON MARTÍN.-¿Mintiendo?

ADEL.-¡Anciano! Bendice al Señor: aún eres padre.

DON MARTÍN.-¡Dios poderoso!

ADEL.-Tu hijo libró de un asesinato péfido al amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venía delante para anunciar su vuelta. Sígueme, y no pararé hasta poner a Marsilla en tus brazos.(Vase.)DON MARTÍN.- (Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.)¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI

MARGARITA, DON MARTÍN.

MARGARITA.- (Dentro.)¡Isabel! ¡Isabel!(Sale y repara en DON MARTÍN, que se retiraba con ADEL.)Don Martín...

DON MARTÍN.- (Deteniéndose.)Margarita, sabedlo...

MARGARITA.-Sabedlo el primero. Jaime Celladas...

DON MARTÍN.-Ese moro que veis...

MARGARITA.-Ha vuelto en sí.

DON MARTÍN.-Viene de Valencia.

MARGARITA.-Jaime también.

DON MARTÍN.-Vive mi hijo.

MARGARITA.-Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento.
(Óyese el toque de vísperas.)DON MARTÍN.-¡Ah! Ya es tarde.

MARGARITA.-¡Dios ha rechazado mi sacrificio!

DON MARTÍN.-¡Hijo infeliz!

MARGARITA.-¡Hija de mis entrañas!(Vanse.)

ESCENA VII

Bosque inmediato a Teruel.

MARSILLA

(Atado a un árbol.)Infames bandoleros,
que me habéis a traición acometido,
venid y ensangrentad vuestros aceros:
la muerte ya por compasión os pido.

-Nadie llega, de nadie soy oído:
vuelve el eco mis voces, y parece
que goza en mi dolor y me escarnece.

Me adelanté a la escolta que traía:
su lento caminar me consumía.

Yo vengo con amor, ellos con oro.

-Enemigos villanos,
los ricos dones del monarca moro
no como yo darán en vuestras manos:
tiene quien los defienda.

Pero las horas pasan, huye el día.
¿Qué vas a imaginar, Isabel mía?
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
si esperando abrazar al triste Diego
corrido el plazo ves, y yo no llego?
Mas por Jaime avisados
en mi casa estarán: pronto, azorados
con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
gente. ¿Quién es?

ESCENA VIII

ZULIMA, en traje de hombre; MARSILLA.

ZULIMA

Yo soy.

MARSILLA

¡Cielos! ¡Zulima!

¡Tú aquí!

(Aparte.) ¡Presagio horrendo!

ZULIMA

Vecinos de Teruel vienen corriendo
a quienes más que a mí toca librarte:
yo solo en esta parte
me debo detener mientras te digo
que Isabel es mujer de don Rodrigo.

MARSILLA

¡Gran Dios! Mas no: me engañas, impostora.

ZULIMA

Zaén, que llega de Teruel ahora,

Zaén ha visto dar aquella mano
tan ansiada por ti.

MARSILLA

Finges en vano.

Tú ignoras que mi próxima llegada
previno un mensajero.

ZULIMA

Tú no sabes

que un tirador certero
supo dejar tu previsión burlada,
saliéndole al camino al mensajero.

Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
la noticia le di, y a los bandidos
encargué que tu viaje detuvieran.

Yo, celebradas de Isabel las bodas,
te las vengo a anunciar.

MARSILLA

¿Conque ya es tarde?

ZULIMA

Mírame bien, y dúdalo si puedes.

Inútiles mercedes

el rey te prodigó: más he podido
prófuga yo que mi real marido.

Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
y te inmolé mi fe y el ser que tengo;
tú preferiste ingrato mis rencores:
me ofendiste cruel, cruel me vengo.

A Dios: en mi partida

te dejo por ahora con la vida,
mientras padeces en el duro potro

de ver a tu Isabel en brazos de otro.

(Vase.)

ESCENA IX

MARSILLA.

Monstruo, por cuya voz ruge el abismo,
vuelve y di que es engaño
todo lo que te oí.

(Forceja para desatarse.) Lazos crueles,
¿cómo me resistís? ¡Ligan cordeles
al que hierros quebró! ¿No soy el mismo?
¡Ah!, no. Mujer fatal, cortos instantes
me quedan que vivir, si no has mentido;
pero ¡permita Dios que mueras antes!

ESCENA X

ADEL, pasando por una altura; MARSILLA.

ADEL

Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros
con Zulima a caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
la tengo de prender; voy a ver si hallo
cerca mis compañeros.

MARSILLA

¿Quién va?

ADEL

Marsilla es éste.

(A voces.) ¡Aquí! ¡Por este lado, caballeros!

(Vase.)

ESCENA XI

DON MARTÍN, caballeros, criados, MARSILLA.

DON MARTÍN

(Dentro.) Él es.

MARSILLA

¡Mi padre!

VOCES

(Dentro.) Él es.

MARSILLA

¡Padre!

DON MARTÍN

(Dentro.) ¡Hijo mío!

Subid, corred, volad: libradle pronto.

(Salen caballeros y criados.)

MARSILLA

Desatadme, decidme...

(Desatan a MARSILLA.)

DON MARTÍN

(Saliendo.) ¡Hijo querido!

MARSILLA

¡Padre!

DON MARTÍN

Por fin te hallé.

MARSILLA

Decid... ¿Es tarde?

Yo quisiera dudar... Mi mal, ¿es cierto?

DON MARTÍN

Respóndame las lágrimas que vierto.

Hijo del alma, a quien su hierro ardiente
tu triste padre, que por verte vive,
la desgracia al nacer marcó en la frente,
con dolor en sus brazos te recibe.

¿Quién tu llegada ha retardado?

MARSILLA

El cielo...

El infierno... No sé... Facinerosos...

Una mujer... Dejarme.

DON MARTÍN

¿La sultana?

¿Esos bandidos que cobardes huyen
de los guerreros que conmigo traje?

¿Te han herido?

MARSILLA

¡Ojalá!

DON MARTÍN

¿Te han despojado?

MARSILLA

Nada he perdido. La esperanza solo.

DON MARTÍN

¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
de la campana término ponía...

MARSILLA

¡Esa tigre anunció la muerte mía!

DON MARTÍN

¿Lo sabes?

MARSILLA

De ella.

DON MARTÍN

¡Horror! Entonces era

cuando Jaime, el sentido recobrando,

la traidora noticia desmentía.

Corro al templo a saber... Miro, enmudezco...

¡Eran esposos ya! Tú bien perdiste...

Dios lo ha querido así... Pero aún te quedan

padres que lloren tu destino triste.

MARSILLA

El ajeno dolor no quita el mío.

¿Con qué llenáis el hórrido vacío

que el alma siente, de su bien privada?

¡Padre!, sin Isabel, para Marsilla

no hay en el mundo nada.

Por eso en mi doliente desvarío

sed bárbara de sangre me devora.

Verterla a ríos para hartarme quiero,

y cuando más que derramar no tenga,

la de mis venas soltará mi acero.

DON MARTÍN

Hijo, modera ese furor.

MARSILLA

¿Quién osa

hijo llamarme ya? ¡Fuera ese nombre!

La desventura quiebra

los vínculos del hombre con el hombre

y con la vida y la virtud. Ahora,

que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde:
para acabar con ambos aún no es tarde.

DON MARTÍN

¡Desgraciado! ¿Qué intentas?

MARSILLA

Con el crimen
el crimen castigar. Una serpiente
se me enreda en los pies: mi pie destroce
su garganta infernal. Un enemigo
me aparta de Isabel: desaparezca.

DON MARTÍN

Hijo...

MARSILLA

Perecerá.

DON MARTÍN

No...

MARSILLA

¡Maldecido
mi nombre sea, si la sangre odiosa
de mi rival no vierto!

DON MARTÍN

Es poderoso...

MARSILLA

Marsilla soy.

DON MARTÍN

Mil deudos le acompañan...

MARSILLA

Mi furia a mí.

DON MARTÍN

Merézcate respeto

ese lazo...

MARSILLA

Es sacrílego, es aleve.

DON MARTÍN

En presencia de Dios formado ha sido.

MARSILLA

Con mi presencia queda destruido.

ACTO IV

Habitación de ISABEL, en la casa de DON RODRIGO. Dos puertas a la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja a la derecha.

ESCENA I

DON PEDRO, DON MARTÍN.

PEDRO

Ya cesó la vocería.

DON MARTÍN

Ya se tranquiliza el pueblo.

Zaén en la cárcel queda
con los demás bandoleros.

DON PEDRO

Milagro ha sido salvarlos
mayor que lo fue prenderlos.

DON MARTÍN

Y no los prenden quizá,
si no acuden tan a tiempo
los moros que de Valencia

con los regalos vinieron
de su rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!
¡Castigue Dios a quien tiene
la culpa!

DON PEDRO

¡Oh!, lo hará. Primero
que vayamos esta noche
los dos al ayuntamiento,
donde ya deben hallarse
juntos el juez y mi yerno,
¿tendréis, don Martín, a bien
que los dos conferencemos
un rato?

DON MARTÍN

Hablad.

DON PEDRO

Aquí está

Zulima.

DON MARTÍN

Bien me dijeron

los moros.

DON PEDRO

En esta calle

arremetió con los presos
un tropel de gente; y ella,
puesta en libertad en medio
del tumulto, se arrojó
por estas puertas adentro.

DON MARTÍN

Confesad que don Rodrigo
la salvó.

DON PEDRO

No lo confieso...

porque no lo vi.

DON MARTÍN

Yo, en suma,

no diré que fue mal hecho:

él debe a la mora estar

agradecido en extremo.

Por ella logra la mano

de Isabel.

DON PEDRO

Resentimiento

justo mostráis; pero yo,

que he sido enemigo vuestro,

necesito de vos hoy.

DON MARTÍN

Aquí me tenéis, don Pedro.

DON PEDRO

Sois quien sois. Esa mujer

nos pone en terrible aprieto.

Ya veis, los moros reclaman

su entrega con mucho empeño.

MARTÍN

Y mientras el juez resuelve

cercada se ve por ellos

esta casa.

DON PEDRO

Y bien, ¿quisierais

que entre vos y yo de un riesgo
libráramos a Teruel?

DON MARTÍN

Crimen fuera no quererlo.

DON PEDRO

Si en la junta de la villa
negamos, como debemos,
la entrega de la sultana,
va a ser enemigo nuestro
el rey de Valencia, y puede
gravísimo daño hacernos.

DON MARTÍN

Y el que recibimos ambos
de su mujer, ¿es pequeño?

DON PEDRO

Pero es mujer, y nosotros
cristianos y caballeros.

DON MARTÍN

Proseguid.

DON PEDRO

El compromiso
queda evitado, si hacemos
que huya en el instante.

DON MARTÍN

Hagámoslo.

-Págueme Dios el esfuerzo
que me cuesta no vengarme.

Disponed.

DON PEDRO

Con un pretexto

llevad los moros de aquí.

De vos harán caso.

DON MARTÍN

Creo

que sí.

DON PEDRO

Lo demás es fácil.

Puesta ya en salvo, diremos

que ella huyó por sí.

DON MARTÍN

Voy pues,

y ya que la mano tiendo

al uno de los autores

de mi desventura, quiero

dársela también al otro.

Decid al dichoso dueño

de esta casa y de Isabel,

que mire en estos momentos

por su vida; que mi hijo

va, loco de sentimiento

y de furor, en su busca

por Teruel; y, ¡vive el cielo

que, doliente como está,

valor le sobra al mancebo

para vengar!... Perdonadme.

A Dios. Voy a complaceros,

y a buscarle y conducirle

esta misma noche lejos

de unos lugares en donde

vivimos los dos muriendo.

(Vase por la puerta izquierda, más cercana al proscenio.) DON PEDRO
Id con Dios. ¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezco
al pensar en Isabel,
cuando de todo el suceso
llegue a enterarse.

ESCENA II

TERESA, DON PEDRO.

TERESA

(Dentro.) ¡Favor!

¡que me vienen persiguiendo!

(Sale.) DON PEDRO

¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?

TERESA

Las ánimas del infierno...

las del purgatorio... No

sé cuáles; pero las veo,

las oigo...

DON PEDRO

Mas, ¿qué sucede?

TERESA

¡Ay!, muerta de susto vengo.

¡Ay! Isabel me ha enviado

por mi señora corriendo,

que volvió, no sé por qué,

a la casa del enfermo;

y antes de llegar, he visto

en un callejón estrecho,
junto a la ermita caída...
¡Jesús!, convulsa me vuelvo
a casa.

DON PEDRO

¿Qué viste? Di.

TERESA

Una fantasma, un espectro
todo parecido, todo,
al pobrecito don Diego.

DON PEDRO

Calla: no te oiga Isabel.

Guarda con ella silencio.

Marsilla ha venido, y ella
no lo sabe.

TERESA

Pero, ¿es cierto
que vive?

DON PEDRO

¿No ha de ser?

TERESA

¡Ay!

Pues otra desgracia temo.

DON PEDRO

¿Cuál?

TERESA

No lo aseguraré,
por si es aprensión del miedo;
sin embargo, yo creí
ver que se llevaba el muerto

asido del brazo al novio.

DON PEDRO

¡Qué dices!

TERESA

Aún traigo el eco

de su voz en los oídos.

Con alarido tremendo

decía: «Vas a morir,

has de morir. Lo veremos»,

replicaba don Rodrigo;

y echando votos y retos,

iban los dos como rayos

camino del cementerio.

Yo, señor, ya les recé

la salve y el padre nuestro

en latín.

DON PEDRO

Se han encontrado

y van a tener un duelo.

Esto es antes.

ESCENA III

ISABEL, por la segunda puerta del lado izquierdo; DON PEDRO, TERESA.

ISABEL

¡Padre!

DON PEDRO

Aguárdame

aquí: pronto volveremos

tu madre, tu esposo y yo.

Venid, Teresa.

(Vanse los dos.)

ISABEL

¿Qué es esto?

¡Mi padre me deja sola,

cuando con tanto secreto

un moro me quiere hablar!

Sin duda están sucediendo

cosas extrañas aquí.

(Acércase a la segunda puerta.) Llegad. Al mirarle, tiemblo.

ESCENA IV

ADEL, ISABEL.

ADEL

Cristiana, brillante honor

de las damas de tu ley,

yo imploro, en nombre del rey

de Valencia, tu favor.

ISABEL

¿Mi favor?

ADEL

Tendrás noticia

de que salió de su corte

Zulima, su infiel consorte,

huyendo de su justicia.

ISABEL

Sí.

ADEL

Mi señor decretó
con rectitud musulmana
castigar a la sultana,
ya que a Marsilla premió.

ISABEL

¡Premiar!... ¿Ignoras, cruel,
que le dio muerte sañuda?

ADEL

Tú no le has visto, sin duda,
entrar como yo en Teruel.

ISABEL

¿Marsilla en Teruel?

ADEL

Sí.

ISABEL

Mira
si te engañas.

ADEL

Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
y mátenme si es mentira.

ISABEL

No es posible. ¡Ah, sí!, que siendo
mal, no es imposible nada.

ADEL

Por la villa alborotada
tu nombre va repitiendo.

ISABEL

¡Eterno Dios! ¡Qué infelices

nacimos! ¿Cuándo ha llegado?

¿Cómo es que me lo han callado?

Y tú, ¿por qué me lo dices?

ADEL

Porque estás, a mi entender,
en grave riesgo quizá.

ISABEL

Perdido Marsilla, ya
¿qué bien tengo que perder?

ADEL

Con viva lástima escucho
tus ansias de amor estremas;
pero aunque tú nada temas,
yo debo decirte mucho.

Marsilla a mi rey salvó
de unos conjurados moros,
el rey vertió sus tesoros
en él, y aquí le envió.
Él despreció la liviana
inclinación de la infiel...

ISABEL

¡Oh, sí!

ADEL

Y airada con él.
vino, y se vengó villana
contando su falso fin.

ISABEL

¡Ella!

ADEL

Con una gavilla

de bandidos, a Marsilla
detuvo, ya en el confín
de Teruel, donde veloces
corriendo en tropel armado,
le hallamos a un tronco atado,
socorro pidiendo a voces.

ISABEL

Calla, moro: no más.

ADEL

Pasa

más, y es bien que te aperciba.

La sultana fugitiva

se ha refugiado en tu casa:

en ésta.

ISABEL

¡Aquí mi rival!

ADEL

Tu esposo la libertó.

ISABEL

¡Ella donde habito yo!

ADEL

Guárdate de su puñal.

Por celos allá en Valencia

matar a Marsilla quiso.

ISABEL

A tiempo llega el aviso.

ADEL

Confirma tú la sentencia

que justo lanzó el amir.

Por esa mujer malvada,

para siempre separada
de Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
tálamo de don Rodrigo.
Envíala tú conmigo
al que le apresta su esposo,
pena digna del ultraje
que siente.

ISABEL

Sí, moro: salga
pronto de aquí, no le valga
el fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
entró en mi casa: pues bien,
al cazador se la den,
que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
con ella, fuera rayar
en loca: voy a mandar
que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesús! Cuando yo recuerdo
que hoy pude... ¡Jesús mil veces!
No le ha de valer el llanto,
ni el ser mujer, ni ser bella,
ni reina. ¡Si soy por ella
tan infeliz! ¡Tanto, tanto!...
Dime, pues, di: tu señor,
¿qué suplicio le impondrá?

ADEL

Una hoguera acabará
con su delincuente amor.

ISABEL

¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

ADEL

Y ¿es bastante
esa razón?...

ISABEL

¡Es mi amante
tan digno de ser amado!
Le vio, le debió querer
en viéndole. ¡Y yo que hacía
tanto que no le veía...
y ya no le puedo ver!
Moro, la víctima niego
que me vienes a pedir:
quiero yo darle a sufrir
castigo mayor que el fuego.
Ella con feroz encono
mi corazón desgarró...
me asesina el alma... yo
la defiando, la perdono.
(Vase.)

ESCENA V

ADEL.

He perdido la ocasión.
Suele tener esta gente
acciones, que de un creyente
propias en justicia son.
Yo dejara con placer
este empeño abandonado;
pero el amir lo ha mandado,
y es forzoso obedecer.
(Vase.)

ESCENA VI

MARSILLA, por la ventana.
Jardín... una ventana... y ella luego.
Jardín abierto hallé y hallé ventana;
mas ¿dónde está Isabel? Dios de clemencia,
detened mi razón, que se me escapa;
detenedme la vida, que parece
que de luchar con el dolor se cansa.
Siete días hace hoy, ¡qué venturoso
era en aquel salón! Sangre manaba
de mi herida, es verdad; pero agolpados
alrededor de mi lujosa cama,
la tierna historia de mi amor oían
los guerreros, el pueblo y el monarca,
y entre piadoso llanto y bendiciones -
Tuya será Isabel -juntos clamaban
súbditos y señor. Hoy no me ofende
mi herida, rayos en mi diestra lanza

el damasquino acero... No le traigo...
¡y hace un momento que con dos me hallaba!
Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
viene a ser ésta que me rinde el alma,
cuando acabada la cruel ausencia,
voy a ver a Isabel?

ESCENA VII

ISABEL, MARSILLA.

ISABEL

Por fin se encarga
mi madre de Zulima.

MARSILLA

¡Cielo santo!

ISABEL

¡Gran Dios!

MARSILLA

¿No es ella?

ISABEL

¡Él es!

MARSILLA

¡Prenda adorada!

ISABEL

¡Marsilla!

MARSILLA

¡Gloria mía!

ISABEL

¿Cómo, ¡ay!, cómo

te atreves a poner aquí la planta?

si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

MARSILLA

Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,

para que hacia Isabel vuele Marsilla,

querer, deber, necesitar mirarla?

¡Oh!, ¡qué hermosa a mis ojos te presentas!

Nunca te vi tan bella, tan galana...

y un pesar sin embargo indefinible

me inspiran esas joyas, esas galas.

Arrójalas, mi bien; lana modesta,

cándida flor, en mi jardín criada,

vuelvan a ser tu virginal adorno:

mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISABEL

(Aparte.) ¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo

su dolorida, atónita mirada.

¿No entiendes lo que indica el atavío,

que no puedes mirar sin repugnancia?

nuestra separación.

MARSILLA

¡Poder del cielo!

Sí. ¡Funesta verdad!

ISABEL

¡Estoy casada!

MARSILLA

Ya yo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,

tendí las manos, y voló al tocarlo.

ISABEL

Me engañaron: tu muerte supusieron

y tu infidelidad.

MARSILLA

¡Horrible infamia!

ISABEL

Yo la muerte creí.

MARSILLA

Si tú vivías,

y tu vida y la mía son entrambas
una sola no más, la que me alienta
¿cómo de ti sin ti se separara?

Juntos aquí nos desterró la mano
que gozo y pena distribuye sabia:
juntos al fin de la mortal carrera
nos toca ver la celestial morada.

ISABEL

¡Oh!, ¡si me oyera Dios!...

MARSILLA

Isabel, mira,

yo no vengo a dar quejas: fueran vanas.

Yo no vengo a decirte que debiera
prometerme de ti mayor constancia,
cumplimiento mejor del tierno voto
que invocando a la Madre Inmaculada,
me hiciste amante la postrera noche
que me apartó de tu balcón el alba.

¡Para ti (sollozando me decías),
o si no, para Dios! ¡Dulce palabra,
consoladora fiel de mis pesares
en los ardientes páramos del Asia
y en mi cautividad! Hoy ni eres mía,

ni esposa del Señor. Di, pues, declara
(esto quiero saber) de qué ha nacido
el prodigio infeliz de tu mudanza.

Causa debe tener.

ISABEL

La tiene.

MARSILLA

Grande.

ISABEL

Poderosa, invencible: no se casa
quien amaba cual yo, sino cediendo
a la fuerza mayor en fuerza humana.

MARSILLA

Dímelo pronto, pues, dilo.

ISABEL

Imposible.

No has de saberlo.

MARSILLA

Sí.

ISABEL

No.

MARSILLA

Todo.

ISABEL

Nada.

Pero tú en mi lugar también el cuello
dócil a la coyunda sujetaras.

MARSILLA

Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
despreciar una mano soberana

y la muerte arrostrar, por quien ahora
la suya vende y el porqué le calla.

ISABEL

(Aparte.) ¡Madre, madre!

MARSILLA

Responde.

ISABEL

(Aparte.) ¿Qué le digo?

Tendré que confesar... que soy culpada.

¿Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.

Perdóname... Castígame por falsa,

(Llora.) mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes,
para el golpe mortal arrodillada.

MARSILLA

Ídolo mío, no; yo sí que debo

poner mis labios en tus huellas. Alza.

No es de arrepentimiento el lloro triste

que esos luceros fúlgidos empaña;

ese llanto es de amor, yo lo conozco,

de amor constante, sin doblez, sin tacha,

ferviente, abrasador, igual al mío.

¿No es verdad, Isabel? Dímelo franca:

va mi vida en oírtelo.

ISABEL

¿Prometes

obedecer a tu Isabel?

MARSILLA

¡Ingrata!

¿Cuándo me rebelé contra tu gusto?

Mi voluntad ¿no es tuya? Dispón, habla.

ISABEL

Júralo.

MARSILLA

Sí.

ISABEL

Pues bien... Yo te amo. Vete.

MARSILLA

¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
me matase a tus pies, si su dulzura
con venenosa hiel no iba mezclada?

¿Cómo ésas dos ideas enemigas
de destierro y de amor hiciste hermanas?

ISABEL

Ya lo ves, no soy mía; soy de un hombre
que me hace de su honor depositaria,
y debo serle fiel. Nuestros amores
mantuvo la virtud libres de mancha:
su pureza de armiño conservemos.

Aquí hay espinas, en el cielo palmas.
Tuyo es mi amor y lo será: tu imagen
siempre en el pecho llevaré grabada,
y allí la adoraré: yo lo prometo,
yo lo juro; mas huye sin tardanza.

Libértame de ti, sé generoso:

libértate de mí...

MARSILLA

No sigas, basta.

¿Quieres que huya de ti? Pues bien, te dejo.

Valor... y separémonos. En paga,
en recuerdo si no, de tantas penas

con gozo por tu amor sobrellevadas,
permite, Isabel mía, que te estrechen
mis brazos una vez...

ISABEL

Deja a la esclava
cumplir con su señor.

MARSILLA

Será el abrazo
de un hermano dulcísimo a su hermana,
el ósculo será que tantas veces
cambió feliz en la materna falda
nuestro amor infantil.

ISABEL

No lo recuerdes.

MARSILLA

Ven...

ISABEL

No: jamás.

MARSILLA

En vano me rechazas.

ISABEL

Deténte... o llamo...

MARSILLA

¿A quién? ¿A don Rodrigo?

No te figures que a tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
su vanidad en el estrado sacia,
no; lejos de los muros de la villa,
muerde la tierra que su sangre baña.

ISABEL

¡Qué horror! ¿Le has muerto?

MARSILLA

¡Pérfida! ¡Te afliges!

Si lo llego a pensar, ¿quién le librara?

ISABEL

¿Vive?

MARSILLA

Merced a mi nobleza loca,

vive: apenas cruzamos las espadas,

furiosa en él se encarnizó la mía:

un momento después, hundido estaba

su orgullo en tierra, en mi poder su acero.

¡Oh!, ¡maldita destreza de las armas!

¡Maldito el hombre que virtudes siembra,

que le rinden cosecha de desgracias!

No más humanidad, crímenes quiero.

A ser cruel tu crueldad me arrastra,

y en ti la he de emplear. Conmigo ahora

vas a salir de aquí.

ISABEL

¡No, no!

MARSILLA

Se trata

de salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo

el cobarde que lloras desolada,

al caer en la lid? Triunfante quedas;

pero mi sangre costará bien cara.

ISABEL

¿Qué dijo? ¿Qué?

MARSILLA

Me vengaré en don Pedro,
en su esposa, en los tres: guardo las cartas.

ISABEL

¡Jesús!

MARSILLA

¿Qué cartas son?...

ISABEL

¡Tú me has perdido!

La desventura sigue tus pisadas.

¿Dónde mi esposo está? ¡Dímelo pronto,

para que fiel a socorrerle vaya,

y a fuerza de rogar venza sus iras!

MARSILLA

¡Justo Dios! ¡Y decía que me amaba!

ISABEL

¿Con su pasión funesta reconviene

a la mujer del vengativo Azagra?

¡Te aborrezco!

(Vase.)

ESCENA VIII

MARSILLA.

MARSILLA

¡Gran Dios! Ella lo dice.

Con furor me lo dijo: no me engaña.

Ya no hay amor allí. Mortal veneno

su boca me arrojó, que al fondo pasa

de mi seno infeliz, y una por una,

rompe, rompe, me rompe las entrañas!

Yo con ella, por ella, para ella

viví... Sin ella, sin su amor, me falta

aire que respirar... ¡Era amor suyo

el aire que mi pecho respiraba!

Me le negó, me le quitó: me ahogo,

no sé vivir.

VOCES

(Dentro.) Entrad, cercad la casa.

ESCENA IX

ISABEL, trémula y precipitada; MARSILLA.

ISABEL

Huye, que viene gente, huye.

MARSILLA

(Todo trastornado.) No puedo.

VOCES

(Dentro.) ¡Muera, muera!

MARSILLA

Eso sí.

ISABEL

Ven.

MARSILLA

¡Dios me valga!

(ISABEL le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.)

ESCENA X

ADEL, huyendo de varios caballeros con espadas desnudas; DON

PEDRO, MARGARITA, criados; ISABEL, MARSILLA, dentro.

CABALLEROS

¡Muera, muera!

DON PEDRO

Escuchad.

ADEL

Aragoneses,

yo la sangre vertí de la sultana;

pero el rey de Valencia, esposo suyo,

tras ella me envió para matarla.

Consorte criminal, amante impía,

la muerte de Marsilla maquinaba,

la muerte de Isabel...

ISABEL

(Dentro.) ¡Ay!

ADEL

Ved en prueba

esta punta sutil envenenada.

(Muestra el puñal de ZULIMA.) Marsilla lo que digo corrobore.

Cerca de aquí ha de estar.

(Ábrese la puerta del fondo, y sale por ella ISABEL, que se arroja en brazos de MARGARITA. MARSILLA aparece caído en un escaño.)

ESCENA XI

ISABEL, dichos.

ISABEL

¡Madre del alma!

ADEL

Vedle allí...

MARGARITA

¡Santo Dios!

DON PEDRO

Inmóvil...

ISABEL

¡Muerto!

ADEL

Cumplió Zulima su feroz venganza.

ISABEL

No le mató la vengativa mora.

Donde estuviera yo, ¿quién le tocara?

Mi desgraciado amor es quien le mata.

Delirante le dije: Te aborrezco:

él creyó la sacrílega palabra,

y expiró de dolor.

MARGARITA

Por todo el cielo...

ISABEL

El cielo que en la vida nos aparta,

nos unirá en la tumba.

DON PEDRO

¡Hija!

ISABEL

Marsilla

un lugar a su lado me señala.

MARGARITA

¡Isabel!

DON PEDRO

¡Isabel!

ISABEL

Mi bien, perdona

mi despecho fatal. Yo te adoraba.

Tuya fui, tuya soy: en pos del tuyo

mi enamorado espíritu se lanza.

(Diríjese adonde está el cadáver de MARSILLA; pero antes de llegar, cae sin aliento con los brazos tendidos hacia su amante.)

FIN